

Carlos Monsiváis (1938-2010)

La muerte de Carlos Monsiváis deja a la ciudad de México y a la cultura nacional sin su afilado testigo y su mejor cronista. Juan Villoro y Armando González Torres rinden homenaje al irrepetible autor de Días de guardar.

EL GÉNERO MONSIVÁIS

Durante décadas, la presencia de Carlos Monsiváis en un sinfín de presentaciones de libros, coloquios, manifestaciones y convites fue vista como algo obvio e inevitable. “Soy un lugar común de la Portales”, dijo alguna vez. Su comparencia en tantos sitios sugería la posibilidad de que contara con replicantes. Lo extraño —el fracaso del evento— hubiera sido que las cosas sucedieran sin tomarlo en cuenta.

Desde muy pronto dejó de ser un mero testigo de los hechos para incorporarse a ellos como protagonista indirecto. Era demasiado célebre para pasar inadvertido. Su cabellera revuelta, su chamarra de mezclilla, su gran mandíbula cruzada por la sonrisa de quien aún no sabe qué pensar (o ya sabe pero prefiere no decirlo), determinaban el acontecer. El ícono estaba ahí. Ignorarlo era como no advertir que ya llegó Blue Demon. Al verlo, los cantantes alteraban su repertorio y los ponentes sus citas. Con frecuencia, le pedían que subiera al estrado. No podía ser un cronista neutro de la realidad porque contribuía a crearla. La cultura de masas lo imitó y posó sin recato para él.

Esto no perjudicó su escritura porque los sucesos desnudos le interesaban poco. No buscaba la trama de lo real, sino su representación. En su caso, el editorialista no se separaba del narrador. Uno de sus recursos favoritos consistía en recolectar o inventar declarantes anónimos que discutían los hechos. La voz de la ciudad, el coro griego, el patio del mundo, el rumor popular fueron sus auténticos protagonistas. Las anécdotas, los detalles, la ropa, los sabores, los sueños y las manías de sus testigos nunca le interesaron tanto como lo que pudieran opinar. Sus crónicas eran un simposio interrumpido por sucesos, la asamblea donde distintos oradores polemizaban para contar la historia.

Monsiváis entendía su oficio como un tumultuoso acto de presencia, no sólo a través de los textos, sino de su activísima producción oral. Retratista de voces, recibía el homenaje de los

ecos. Identificarse con sus palabras significaba propagarlas. A veces, el rumor de lo que había dicho parecía más veloz que sus declaraciones.

La ironía, el dislate, los datos exactos y las paradojas que ponía en juego en sus escritos alimentaban su conversación. El género Monsiváis era un continuo que pasaba de la página a las llamadas telefónicas, los apodos que ponía con temible certeza, los programas de televisión, los aforismos con los que respondía preguntas al término de sus conferencias. El registro de su oralidad daría para varios libros. Al menos uno de ellos debería estar integrado por parodias e imitaciones. Con técnica teatral, alertaba sobre las debilidades propias y ajenas, llevándolas a un disfrutable exceso. Odiaba hacerse el amable y despreciaba la cortesía protocolaria. Ante la pedertería y la falsa erudición, reaccionaba con firmeza. Si alguien le preguntaba por una magnífica película coreana, respondía: “Me molestó mucho lo que sucedió con las copias que no pudieron ser exhibidas Uzbekistán.” “Si confundes, quedas de maravilla”, me dijo después de enfrentar a un sabelotodo.

En 2009, en el Festival Hay de Cartagena de Indias, un norteamericano se dirigió a él con una mezcla de interés e insolencia: “Me gustó lo que dijo, pero nadie me puede decir quién es usted, ¿podría recomendarme alguno de sus libros?” Monsiváis fingió paciencia franciscana y contestó: “Me limitaré a dos: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Algunos maledicentes dicen que no los escribí yo, pero nunca les respondo a mis detractores.”

Su interés por los liberales del siglo XIX mexicano también tiene que ver con la combinación de periodismo y oratoria, la discusión que convierte a cada acto público en parte de la Obra. La cultura como proselitismo *non-stop*.

Medir el tamaño de su ausencia es imposible porque intervino en demasiadas zonas del arte y la política, en forma no siempre evidente. Fue el mayor árbitro entre lo culto y lo popular y uno de los principales dictaminadores del gusto en un país que no sabía que tantas cosas distintas valieran la pena.

Coleccionista de artesanías, grabados y fotografías, también lo fue de las palabras con que los poderosos se incriminan sin saberlo. Su columna “Por mi madre, bohemios” fue el museo del ridículo de los obispos, los políticos y los grandes empresarios de México.

En su casa recibía borradores de desplegados, cartas de renuncia, respuestas para una polémica. “Si mandas eso, te hundes”, mascullaba entre dientes a algún solicitante, y sugería modificaciones que luego aparecían como ideas ajenas. Su impronta de *ghost-writer* está en numerosos textos, no siempre asociables con sus intereses.

También actuó en películas, escribió letras de canciones, hizo *sketches* de teatro de revista. Todo esto ingresó en su escritura y volvió a salir de ahí, modificado por los lectores.

El Monsiváis oral y el Monsiváis escrito crearon un género intransferible, el de la realidad comentada, la leyenda instantánea que aspira a colectivizarse, el mito expreso que no tiene *copyright*.

La condición fragmentaria y dispersa de su obra se explica en gran medida por su renuencia a verse como autor único y definitivo. Necesitaba palabras ajenas para parodiarlas, citarlas in extenso, polemizar con ellas. Sus ideas más genuinas surgían de una dramaturgia en la que intervenían los otros, aliados o adversarios, santos provisionales o diablos de pastorela.

Solía llegar a las conferencias con una carpeta en la que guardaba apuntes para las más distintas circunstancias. Ese hipertexto portátil era emblema de sus pasiones múltiples, que no admitían la conclusión. Su obra es desconocida en la medida en que sólo un mínimo porcentaje se ha publicado en libros. Su futuro como prolífico autor de libros póstumos reclama un editor que no caiga en pecado de beatería y se atreva a discriminar y organizar con imaginación los materiales.

Monsiváis fue una forma de la atmósfera. Sus miles de cuartillas y sus participaciones en todos los foros llegaban con previsible constancia. Con su muerte, lo que dábamos por sentado adquiere inaudita desmesura. Carlos Monsiváis dejó de pertenecer a la vida diaria para incorporarse al género que redefinió: la leyenda. —

— JUAN VILLORO

ELOGIO DEL HUMOR PIADOSO

Su rostro adusto haciendo revolcar de risa a la concurrencia, su arte de la cita chocarrera para exhibir la jumentalia política, su errancia por calles, páginas periodísticas, pantallas televisivas y revistas de espectáculos practicando una singular mayéutica eran rasgos que hacían de Carlos Monsiváis un socrático posmoderno. Pero, más allá de ese carisma desparpajado que lo proyectó entre distintos públicos, Monsiváis fue un escritor y crítico de la cultura que revolucionó un par de géneros literarios y que representó un arquetipo de militancia.

Monsiváis renovó el estilo y las temáticas de la crónica y el ensayo y les imprimió innovaciones técnicas, velocidad,

riqueza digresiva e ingenio. Cronista y a la vez personaje de la ciudad que habitó, cuestionó la modernidad mexicana y sus identidades, retrató distintas épocas de oro de la cultura popular, evocó movimientos sociales, tragedias ejemplares y efervescencias contestatarias, ridiculizó costumbres políticas, acercó distintas dimensiones culturales y creó personajes y lugares entrañables. Monsiváis hizo convivir las distintas dimensiones de la cultura y empeñó el mismo ahínco en, por ejemplo, traducir a Robert Lowell que en reivindicar a Agustín Lara; en hacer la biografía de Salvador Novo que la de Pedro Infante. Si bien esta exaltación de la hibridez cultural se convirtió después en una actitud maquinales, tuvo en Monsiváis a uno de sus más rigurosos pioneros. Aspirante a describir todas las metamorfosis del fenómeno cultural y las manifestaciones de la heterogeneidad social, Monsiváis escribió profusamente y mucho de su talento lo encauzó al comentario de coyuntura y al rescate de la trivía. Es natural que, ante esta hiperactividad, a veces el impacto de su prosa se dispersara, sus opiniones perdieran profundidad o sus chistes se repitieran. De ese aluvión de escritura, declaraciones banqueteras, chascarrillos y gestos que formaron el magisterio de Monsiváis habrá que rescatar sus momentos más memorables.



Foto: Rogelio Quallir

La influencia de Monsiváis, por supuesto, desbordó lo literario y fue un emblema crítico, asociado a la militancia de izquierda. Como crítico social, Monsiváis fue salvado por su humor: fue un compañero de ruta, cuya militancia respondía, más que a un convencimiento teórico, a un liberalismo y sentido de justicia instintivos. Se trataba de una militancia vivaz y socarrona que no comulgaba con la solemnidad y el dogmatismo y que era capaz de solidarizarse con las causas, pero también de expresar desacuerdos y matices. De ahí que en su trayectoria destaquen, más que los entusiasmos y adhesiones pasajeras, sus defensas de la tolerancia y el respeto a las libertades individuales. Lo más importante del escritor y del crítico social, pues, no eran sus eventuales ascensos al templete, sino la índole de su humor festivo y piadoso, susceptible de generar un acto de conciencia en la sonrisa y de denunciar, entender y redimir al mismo tiempo. —

— ARMANDO GONZÁLEZ TORRES